

El santo trabajo

Es cierto—y el reconocerlo y declararlo enorgullece el corazón de los buenos españoles—que nuestro ejército ha peleado ahora mostrando su proverbial bravura de siempre.

Siendo España, la España de siempre, perdurando en ella sin adulteración ni menoscabo sus grandes cualidades, a la vista salta que su regeneración no es imposible.

—¡Ah! Nosotros—se dice—somos más pobres que las ratas. No tenemos dinero. ¿Cómo hemos de construir grandes escuadras, ni inexpugnables fortificaciones, ni cómo hemos de dar siquiera de comer a nuestros soldados?

Franklin definió el hombre diciendo que es un animal que hace herramientas. La definición del célebre americano cuadra perfectamente al hombre moderno.

Fourier proponía que existiese en sus falansterios una legión de honor. ¿Sabéis cuál? La que se dedica a lavar los platos y peñoles.

En la sociedad española, al lado, ó mejor dicho, por bajo de una aristocracia infatuada con sus ya mojados pergaminos, y mezclada con lo que ha dado en llamarse burguesía, gente adinerada y bien comida, existe una numerosa clase media descendiente de aquellos hidalgos de gotera, tan hambrientos, como orgullosos, los cuales antes daban de cabeza en las miserias del hampa que apuchugaban con el ejercicio de las profesiones industriales.

Si esto ocurre entre la gente menuda de la clase media, calcúlese lo que acontecerá entre los que se tienen por descendientes cuando menos del Rey que rabó.

Todavía si estos prejuicios fueran privativos de determinadas clases, significarían relativamente poco; pero es el caso que la opinión, por medio de sus órganos y organillos expresa idénticos prejuicios.

Su dinero, esto es, el fruto de su trabajo, nos ha vencido. Cuéntase que habiendo Vespasiano impuesto un tributo sobre no sé qué suciedades, burlábase sus familiares y amigos del origen de tan nueva y poco limpia renta.

ZEDA.

LETRAS pasadas de moda

Á LA PATRIA

(LEQ(A))

¿Cuán solitaria la nación que un día poblara inmensa gente!

Lágrimas vierdes infeliz ahora, soberana del mundo, ¡y nadie de tu faz encantadora borra el dolor profundo!

Obscuridad y luto tenebroso en ti vertió la muerte, y en su furor el despoza sañoso se complació en tu suerte.

No perdonó lo hermoso, patria mía; cayó el joven guerrero, cayó el anciano, y la segur impía manejó placentero.

So la rabia cayó la virgen pura del despoza sombrío, como eclipsa la rosa su hermosura en el sol del estío.

¡Oh vosotros, del mundo habitadores contemplad mi tormento: ¡igualarse podrán ¡ah! qué dolores al dolor que yo siento!

Yo desterrado de la patria mía, de una patria que adoro, perdida miro su primer valía, y sus desgracias lloro.

Hijos espúreos y el fatal tirano sus hijos han perdido, y en campo de dolor su fértil llano tienen ¡ay! convertido.

Tendió sus brazos la agitada España, sus hijos implorando; sus hijos fueron, mas traidora saña desbarató su bando.

¿Qué se hicieron tus muros torreados? ¿Oh mi patria querida! ¿Dónde fueron tus héroes esforzados, tu espada no vencida?

¡Ay! de tus hijos en la humilde frente está el rubor grabado; a sus ojos caído tristemente el llanto está agolpado.

Un tiempo España fue: cien héroes fueron en tiempos de ventura, y las naciones temidas la vieron vistosa en hermosura.

¡Cuál cedro que en el Líbano se ostenta, su frente se elevaba; como el trueno á la virgen amedrenta, su voz las ateraba.

Mas ora, como piedra en el desierto, yaces desamparada, y el justo, desgraciado vaga incierto allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderío pobre hierba y arena, y el enemigo que tembló á su brio burla y goza en su pena.

Virgenes, destrenzad la cabellera y dadla al rago viento; acompaña con arpa lastimera mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares, lloremos duelo tanto: ¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares? ¿Quién secará tu llanto?

José de ESPRONCEDA.

D. Cáglos de Bogbón ¡que incidental!

Por conducto de las burras de leche, es decir, del ciudadano que las rige y ordeña, al cual le entregó el documento en la madrugada de ayer el ordenanza de telegrafos, ha llegado á nuestras manos—¡que de hoy más quisiéramos ver cortadas!—el siguiente despacho:

OSTENDE (Hotel y Parque Ostrícola).—21, 4'50 mañana.

Profundamente indignado dolorosamente sorprendido Señor por abuso inculpable háse hecho de la firma Duque de Madrid en ese semanario, ordéname prestar toda energía contra semejante fraude.

MELGAR.

El general Leyenda

Otro contraste... El general fracasado, denostado, desprestigiado, el general á quien hizo regresar de Filipinas el clamoroso agatemizador del pueblo, deatado por las empresas periodísticas, el general acusado de débil, erigiese allí en Cuba, en general Leyenda, en rescusador de las muertas historias del pasado.

«Hijos somos de los sitiados de Girona y Zaragoza», responde al Arzobispo de Santiago de Cuba, que le replica autorica la capitulación de la segunda ciudad cubana. «¡Muramos ó venzamos!» dice á los habitantes de la Gran Antilla, aterrorizados ante el magno desastre de la escuadra.

Destruídos nuestros barcos, no le es dable confiar en la posibilidad de un desquite, que franco para el enemigo el camino por donde envíanse refuerzos y obstruido definitivamente para nosotros, podrán defenderse hasta que contra ellas emplace el adversario un número abrumador de fusiles y cañones. ¡Y luego! Luego el muramo del general pasará de su colocación en una frase á efectiva dolorosa realidad. Las palabras del general Blanco no son tropos; ecriba su grandeza en la verdad que encierran, y quedarán, como han quedado tantas otras frases trágicas, ya que con frases trágicas se ha escrito nuestra historia.

Pero Blanco, Blanco que en Filipinas, contra la opinión de la Junta de Autoridades y de los ilustrísimos señores periodistas, mantuvo las tropas en la capital durante largo tiempo, jugando preferente una prudente expectativa á una muerte gloriosa, pero estéril, el sentido Blanco no ignora cuán necesarias son á la nación las vidas de esos héroicos defensores de Cuba, ahora más que nunca, cuando necesitamos de todas nuestras fuerzas y de todos nuestros hombres para regenerar y rehacer la patria, para levantarla de entre sus ruinas, para hacer revivir en ella el simbolismo consolador del Aro Fenix.

¡Y, entonces, por qué repite la fórmula de supremo y desesperado pesimismo con que la prensa nos ha embarcado en las luchas coloniales á todo trance! ¿Por qué es su fórmula la paradójica de hasta el último soldado, fórmula de desaliento con que pretendiese alentarlos?

Porque Blanco ya ha probado lo que cuesta la enemiga de las máquinas rotativas. Cuando salió con su prudencia el dominio español sobre Manila resistiéndose á dejar desguarnecida una ciudad minada por el laboratorio, desenfronaronse contra él los estrategas periodísticos. Bastaron para anular su honrosa historia, seis artículos y cuatro telegramas. Blanco regresó sin gloria, escarnecido en su historia de militar, de político, de patriota y hasta de caballero. ¿Qué ha hecho la prensa de mi honor? ¿vendió á preguntar en la angustiosa memoria que dirigió al Senado.

Blanco ha probado lo que cuesta la enemistad de las rotativas. Y como sus quejas de otro tiempo se emborronaron contra la omnipotencia de las prensas, y como Blanco es hombre—hombre hambriento de gloria—todo lo sacrificó hoy para obtener la efímera corona con la que premian los periódicos á aquellos que les sirven en sus campañas; lo sacrificó todo, hasta su vida, que es la vida de los 100.000 soldados que le acompañan en la heroica agonía de Cuba española. Esas frases de Blanco, retumbando á través de las

redes de alambre con que la prensa ha aprisionado al mundo, forjarán la mejor arma de que puedan disponer los rotativos en su lucha contra la paz. Coreadas por la música halagadora de las leyendas, arrastrarán quizás á las muchedumbres al suicidio y harán callar tal vez á los espíritus serenos que se alzan frente á la locura general para señalar al pueblo español el sendero olvidado del trabajo, por el que llegase seguramente á la soñada reconstrucción.

Nada importa. La prensa tendrá un héroe: si la muerte sobreviene, el gesto será bello... y el párrafo triunfal.

¡Prensa omnipotente, señora del mundo, tú que dispones de la paz y de la guerra, tú que posees, como Dios, el don de cegar á los pueblos á quienes perder quieres, tú que formas y reformas los Gobiernos, tú que lleras escuadras poderosas al fondo de los mares y enloqueces á los hombres más cuerdos, continúa imperterrita tu marcha, amontonata catástrofes, haz que abrasen en las arenas tropicales los soldados de tierra á los marinos muertos... ¡Cuando todo se hayá hundido, tú te arguirás en los escombros arrojado, como Júpiter, rayos, inculpaciones y responsabilidades sobre los supervivientes... y los últimos ahorros de las madres, anhelosas de conocer el género de muerte de sus hijos, esas últimas monedas de cobre entrarán en tus arcas!

RAMIRO DE MAZTU.

¡El acabóse!

Fué Felipe V el fundador de la dinastía de los Borbones de España y tras la guerra de sucesión, tan costosa para los españoles, vino el tratado de Utrech, ó mejor la serie de tratados de él consecuencia; por cuya virtud, España perdió la Sicilia, Nápoles, Cerdeña y Milán; dejó en poder de los ingleses, que las habían ganado en aquella lucha, la isla de Menorca y la plaza de Gibraltar, concediéndoles además el derecho llamado asiento, ó sea el de enviar, por espacio de treinta años á América, 4.800 negros en cada uno; de donde España quedó desde aquel instante borrada de la lista de las potencias de primer orden.

Luis XIV se quedó con muchos pueblos de la Cerdeña en el Pirineo, y que por el tratado de las Barreras, España renunció á sus derechos sobre los Países Bajos, que pasaron á Austria.

Carlos III, poniendo mano en la integridad de las Américas, cedió á Inglaterra, por el tratado de París de 1763, la Florida y los territorios al E. y SE. del Mississippi y el derecho de la corta del palo de tinte en Honduras, y abandonó el de la pesca del bacalao; que este fué el primer resultado del Pacto de familia. Bien es verdad que más adelante, merced á los buenos oficios de los condes de Aranda y de Floridablanca, reconquistó por el tratado de Versalles mucho de lo perdido y la isla de Minorca.

Con Carlos IV, España perdió su poder marítimo, y por lo visto para no recuperarle jamás.

Con Fernando VII perdimos las Américas, menos las islas de Cuba y Puerto Rico, ó sea territorios cuya extensión llega á cerca de 15 millones de kilómetros cuadrados, poblados hoy por más de 37 millones de almas, que constituyen las Repúblicas de Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Uruguay, Paraguay, Argentina, Costa-Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala, Santo Domingo y Méjico.

En el reinado de Isabel II abandonamos á Santo Domingo, después de haberse unido á España por un acto de su libérrima voluntad, y allí en la Océania renunciamos á derechos de mucha monta.

Bajo los reyes extranjeros José I y Amadeo de Saboya, como bajo la interinidad y las situaciones republicanas de 1808 á 1814 y 1873, la integridad nacional no sufrió detrimento; mas durante el reinado de Alfonso XII, ábrase de nuevo la serie de las mermas por que se me pregunta.

Prodújose el conflicto de las Carolinas; se entregó el asunto al arbitraje de León XIII, y éste falló que los archipiélagos de Marshall, Gilbert y Mulgrave dejaran de pertenecer á España y que igualmente perdiéramos los archipiélagos Matolotes, Iloanes y San Andrés, otorgándose además á Alemania el derecho á establecer una estación naval y un depósito de carbón en las Palaos. También se regalaron la soberanía de Joló y alguna otra posesión de la Océania.

Bajo Alfonso XIII hasta ahora se han perdido las islas Salomón y las Marianas.

Si llegamos á los tiempos de un Alfonso XV de Borbón—dice nuestro querido colega *El Republicano*—habrá de enviarse éste por la extensión de sus territorios al príncipe de Mónaco y al alcalde-presidente del Valle de Andorra.

Ya se ve, pues, que el mapa publicado en el núm. 5.º de VIDA NUEVA y que reproducía las divisiones geográficas de España en el siglo xx no era una fantasía.

El Ejército

TRES GENERACIONES

EL ABUELO.

Era pastor en una aldea de Castilla. Un día los franceses, faltos de bestias para el bagaje, se fijaron en sus anchas espaldas, y le hicieron cargar con varios sacos, conduciéndole entre burles y golpes hasta el pueblo vecino.

—¡Juro á Dios que me la pagaréis!—gritó el pastor cuando le dejaron solo.

Y al día siguiente fué en busca del famoso D. Juan Martín para ser uno más en la tropa de los *espechinados*.

Vestido con los despojos de los muertos, durmiendo abrazado á su enorme fusil, arma que arrebató á un granadero francés luchando á navajazo limpio, era un verdadero lobo que humebaba la carne enemiga á muchas leguas de distancia.

Como ecos de una música celestial llegaban hasta el pobre pastorote los discursos y proclamas de aquellos

señorones y curas que allá en Cádiz discutían creando una España nueva.

La admiración por ellos se traducía en un desceñimiento de leer por sí mismo tan hermosas cosas, y un escañon, compañero de armas, le explicó en las noches de vivac ó en las vigiliadas de las avanzadas los misterios jergológicos de una mugrienta cartilla tiznada de pólvora.

Al terminar la guerra se encontró sargento de fusileros, y hombre capaz de deletrear horas enteras.

Aquello no era vivir. Los cuarteles eran conventos; rosario tres veces por día, gozos y villancicos á todo pasto; las bizarras canciones de la guerra prohibidas como si fuesen herejías; D. Juan Martín de cuartel, vigilado como sospechoso; Mina en la emigración, sentenciado á muerte por liberal, y los señores de Cádiz, aquellos ángeles de elocuencia y sabiduría, vestidos de presidiarios, barriendo las calles de Ceuta con la cadena al tobillo, por orden de Fernando el Deseeado y su consejo de frailes, jesuitas y especuladores.

Hayendo de aquello se embarcó para América. Allí había guerra y libertad. Y en el Nuevo Mundo se desarrolló el período más heroico y más obscuro de su vida. Fué con Valdés en el Perú; en aquel ejército que enterraba las banderas, quemaba tambores y equipajes y hacía la guerra con lo puesto.

Se defendió un año en el Callao con el fiero Rodil, comenzó á sentir admiración por un joven brigadier llamado D. Baldomero Espartero, y cuando extenuado por la heroica lucha contra todo un continente del que nacieron veinte naciones, regresó á España el antiguo guerrillero, con charreteras de subteniente, una mujer criolla y un niño nacido entre los azares de la guerra y amamantado con rancho su dolor y tristeza no tuvieron límites viendo que la nación, embrutecida por el absolutismo, desconocía los servicios de los soldados de América, y les llamaba burlescamente los *aguacuchos*.

Y el subteniente, con el pecho cubierto de cruces y el pelaje de cicatrices, sufrió hambre, tuvo que soportar la vigilancia insolente del voluntario realista y estar sometido al informe del fraile, hasta que, muerto Fernando VII, saltó el tapón absolutista.

El soldado de América corrió á Navarra á pelear contra el carlismo.

Signó entusiasmo á Mina, admiró á Fernández de Córdoba, á Don Luis, como le llamaba siempre con la familiaridad del cañón, llorando de emoción con sus poéticas proclamas; á Ora, el *lobo ciego*, terror de los carlistas, por sus astucias de viejo marullero, y á Zanco del Valle, aquel sabio con uniforme; y su alegría no tuvo límites cuando volvió á encontrar á su D. Baldomero, hermoso y arrogante como un dios de la guerra sobre su blanco caballo.

En Arlabán cargó á la bayoneta pasando por encima de Narváez herido; en Luchana se batió con uniforme de verano, hundiendo el pantalón de dril en la nieve del pico de Banderas, y D. Baldomero le hizo capitán.

Y terminada la guerra, el veterano se retiró á su pueblo para cazar las aves, según en *Don Quijote* y en Espartero y pensando en D. Juan Martín.

Sus convencios mostrábanle con orgullo en la fiesta del pueblo cuando aparecía en la plaza con su pantalón blanco, su casaca azul de vueltas amarillas y el pesado morrión de incommensurable plumero.

Su hijo, con el uniforme de cadete, iba de vez en cuando á visitarle, y el veterano sentía la admiración del hombre rudo y sin estudios ante lo que decía el alumno. ¡Válgame Dios, y lo que aprendían ahora los chicos!

Pero esta admiración duraba poco. El pasado heroico y glorioso le parecía mejor que toda aquella ciencia.

Y con los ojos empañados por la emoción, repetía por centésimas vez á su hijo la arenga de Córdoba en Arlabán, los pipros de aquel gitano que para hacerles olvidar el hambre y el frío, les decía con inspiración de poeta romántico: «Habéis subido más alto que las nieves de Mayo: las águilas vuelan á vuestros pies; ó con voz entrecortada describía la jornada de Luchana, y aun creía ver surgiendo de las sombras, destacándose sobre la nieve, á D. Baldomero, como un centenario de la noche, obligado á abandonar el lecho de enfermo por el repentino retroceso de sus tropas; reanimándole con su voz sonora: «¡Soldados; ¿me conocéis? Yo soy el que mil veces os ha conducido á la victoria.» Y después, el galope por entre las filas, entusiasmando á los chicos con su desgarro soldadesco. «Nada de hacer fuego; méos en las cazoletas. ¡A la bayoneta! ¡A la bayoneta!»

EL HIJO

Su primer ascenso lo obtuvo en las calles de Madrid cuando O'Donnell dió el golpe de gracia al bieno progresista.

Después, la vida de guarnición con las cuarteladas. Surgió la guerra de África y allá fué entre los primeros.

A la vista de Prim, jinete en su caballo negro y sudoroso, atacando á la morisma al frente de las columnas, tremolando sobre su cabeza la bandera roja y amarilla, comprendió las viejas idolatrías de su padre. Las hazañas del Romancero castellano. Era D. Juan el soldado legendario de España que se mostraba en la historia, podía ser por última vez.

En Castillejos lo hicieron capitán, en Wad-Rass comandante y volvió de la campaña de Santo Domingo con un ascenso más.

El recuerdo de su padre y el amor á Prim le hicieron desear el cambio de instituciones para España, y al llegar el momento de la revolución fué de los que se batieron en Alcolea, y tras el triunfo de Septiembre encontró la faja de brigadier.

No aspiraba á más. Joven aún, no sentía mayores ambiciones, y deseoso de constituir una familia y descansar se casó. Regenerada políticamente la nación, creía él en una paz perpetua. Pero asesinaron á Prim, surgió la guerra civil, abdicó Amadeo, vino la República en medio del período más azaroso, y el brigadier tuvo que tirar de nuevo de su espada para combatir en el Norte.

Pronto notó en torno de él trabajos de conspiración. Le hablaron y protestó indignado. Él era un soldado, un hombre de honor que sólo tenía una palabra.

Sus antiguos compañeros, aduladores en otros tiempos de Prim, formaban el vacío en torno de él, y cuando llegó el momento de la restauración, él mismo pidió ser declarado de cuartel, sacrificando su porvenir.

Desde el interior de su hogar seguía con asombro la



ta, y dando tregua á la labor mecánica de hacer un periódico para un Creso, se declarasen en huelga y trabajen por su cuenta, haciéndose amar de la opinión.

Y he aquí por qué aquellos batallones periodísticos de tanto resaca en de entre las cenizas; y muy pronto su voz se oirá, porque el desierto de la animación al pueblo la inspira. Hay algo que nos une á todos los españoles. Este algo peligrará. Sobrevenirá la unión y el pueblo recogerá del arroyo la soberanía, que tan alta misión no la confían á nadie los pueblos dignos.

La servidumbre en que nos suponían pudo existir mientras nos dieron el beneficio de la paz, y engañados por aquellas muestras se preparan á resucitar procedimientos enterrados bajo los cuerpos de muchos miles de españoles; pero ni la fuerza que alardean existe, ni se puede impunemente dar un salto atrás haciendo la historia de nuestras libertades que ellos mismos han hundido. Los principios son sanos. Los hombres que los aplican son torpes por lo menos. El insensato que arroje el guante resucitando la antigua lucha, ó desconoce la historia, ó quiere mal á su patria.

No es cuestión de principios, ésta se debatió á su tiempo, y al fin existen entre nosotros; no hay para qué tocarlos. Es cuestión de costumbres, que de grado en grado se hicieron viciosas y exigen pronta reforma. Cambio, en fin, de conducta para el que la primer condición es prescindir de los que han dedicado su vida á envenenar la de los demás.

De una de esas costumbres que se han de reformar, de alta transcendencia, aunque no lo parece á muchos, es la de que nos vamos á ocupar someramente.

No es el servicio militar obligatorio credo de un partido, ni bandera de nadie, porque no puede existir sociedad ni crearse esa solidaridad tan hermosa que se llama patriotismo si no contribuímos todos con nuestras vidas á la defensa de nuestro territorio. Si España no tiene hoy tiempo la apetida reforma, débese á que en lo que va de siglo la lucha por nuestra independencia y las contiendas civiles hicieron por necesidad un recluta de soldados en todas las clases sociales, que no hubo exceptuados, ya que las milicias y la oficialidad absorbieron buena parte de la clase aristocrática y la totalidad de la clase media. Hasta el clero tuvo en el bando carlista su válvula fogosa, en la que dió amplias muestras del vigoroso espíritu que le animaba, dirigido por senda del voto opuesta á la señalada por la religión de paz y amor á que servía, con bien poca convicción por cierto.

Llegó con la paz un largo período de tregua, veinte años en que, cesando las contiendas políticas por el fuego, empezaron á preocupar tan sólo por el hervor; dióse por suficientemente discutido el credo constitucional, reflejo en cada época del desmedrado espíritu de sus redactores; y al repartir el pan bendito de la protección, formaron en torno a sus santos pontífices una inmensa población de corderos que dócilmente ha marchado por el camino trazado, debiéndose á esta salvadora influencia la cordura patriótica de los unos, el espíritu dótil de los que hacen justicia, la actividad financiera de los que juegan al crédito público, el sentimiento comercial de los que, llenos de ambición y bien protegidos, todo lo acaparan para sus pingües negocios y todo ese bienestar de una masa nueva á la que no podía convenir el servicio obligatorio, pues ni su comodidad le permitía, ni su egoísmo le aconsejaba. Y al estallar la guerra y resurgir las manifestaciones patrióticas, alguien advirtió que no eran éstas tan espontáneas como en otro tiempo, que la ley era desigual y que en las campañas coloniales llevaba el peso el pobre pueblo español, ejerciendo de jaleador el que de la dura milicia se libraba por un puñado de pesetas. No se quejaba ciertamente la oficialidad de tal exclusión, porque el vigor del soldado pobre y su disciplina eran admirables.

Si los Gobiernos tuvieran autoridad propia, ellos serían los primeros partidarios del servicio obligatorio; pero existiendo un medio de contener al pueblo con el pueblo mismo, sólo pesa en sus decisiones esa masa de egoísmo creada al amparo del sistema en que radica su autoridad. Y de aquí se desprende la infinita dificultad que presenta el problema, cuya resolución excita el espíritu.

La guerra, que nada resalta, no se ha contentado con la sangre del pobre y quiere algo más; eso que altera la conformidad de los años al sistema, algo para cuya defensa ya no vale el compadrazgo político; ese algo, cada vez más amenazado, ofensa el patriotismo, y como los antiguos africanos, los modernos quieren paz á toda costa. Que la quiera el pueblo, que lleva tres años desangrándose, se explica; que la exija el pobre, que ya ni del mendrugo de pan dispone, también; pero que la pretenda el que no da su sangre porque no quiere tampoco dar su dinero, eso ni es justo, ni puede conducir, hecho fuera de sazón, más que á quebrantar el espíritu de la nación, cuya única aspiración es obtener una paz sensata. Ya que la guerra de Cuba ha sido insensata, no puede coronarse con una paz del mismo género.

Pronta actualidad el problema del servicio obligatorio la misma guerra, y quizá por sorpresa hubiera sido ley; pero no son los momentos actuales los más oportunos para tomar con prisas una grave determinación.

Es preciso vencer los escrúpulos de la sociedad que al ejército ha de venir por la fuerza de la razón; y para que se vea hasta qué punto consideramos importante el problema del servicio militar, caso se puede afirmar que en la evolución (quitamos la r) más próxima hará un papel tan importante como la soberanía nacional lo hizo en otra evolución memorable.

Posible es que entonces se piense en constituir algo semejante al voluntariado de un año para disminuir el tiempo del servicio, necesidad razonable de las clases todas y muy principal en las superiores; fácil es que esos voluntarios se costeeen el equipo como compensación de su menor servicio; acaso se tenga el buen acuerdo de elegir con pulso la oficialidad de esos cuerpos de

voluntarios; podrá suceder que con práctico criterio no se les enseñe más que a ser buenos soldados, sin hacerlos medianos oficiales, y hasta cabe sospechar si ellos nutrirán las Academias militares y con un solo curso serán oficiales de la reserva y con tres oficiales de activo.

Todo esto hay que pensar antes de plantear la cuestión, y sobre ello se puede decir mucho; pero lo indudable es que la reforma viene, y que el cuartel debe adecuarse un poco para recibir a los muchachos. Porque nadie que tenga gustos finos acepta mezcladas ni sociedades que a nada conducen. No es más valiente el más sucio, ni se produce disciplina con desagradables contactos.

Y en cuanto el servicio obligatorio venga, será por los militares todos recibidos como acto de justicia y reparación.

Acaso cuando los políticos hayan sido soldados y los bolistas hayan gemido en un hospital de sangre, ni seguirán guerras injustas ni solicitarán paces vergonzosas, y sobre todo no cometerán la injusticia de culpar al soldado, que es lo mejor de la nación.

para los tres reinos que les da una unidad que no tenían hasta el presente.

Resumiéndolos, diremos que desde los átomos hasta los soles y sistemas planetarios, tienen una unidad por ser una la fuerza que los guía; que desde el cristal, la planta y los organismos más inferiores, subiendo toda la escala animal hasta terminar en el organismo social, todo representa una unidad que se desenvuelve según la misma ley de evolución. La sociología es una ciencia biológica y solamente así podía alcanzar el desarrollo necesario para la solución de todos los problemas sociales. No se puede entender la sociología sin conocer la biología.

cionamiento seguro; pero eso no se puede obtener sino con la instrucción de todos los individuos, porque así se multiplican y se perfeccionan las impresiones y los centros recibirán impresiones que distarán tanto de lo que transmite la mano del hombre como las que recibe un ruminante con pezuña.

El caciquismo no es, pues, un defecto de gobierno sino un defecto de organización social: el caciquismo será imposible el día que todos los individuos sepan, por lo menos, leer y escribir; á un perfeccionamiento de la periferia, en los sentidos sociales, en los medios de información, traerá, irremisiblemente, un perfeccionamiento en los centros.

No se olvide el refrán que dice: cada pueblo tiene el Gobierno que se merece.

ENRIQUE LLURIA.

CHITÓN

Hablábamos este invierno pasado en un entrearco del Tenorio, hecho en el Español, y dijo no sé quién: — ¡Y pensar y pensar que todavía agita á algunas buenas gentes esta grandísima niñería, entremezclada de chocheo, que no debiera titularse ya D. Juan Tenorio sino D. Juan Maricastaña! —

— ¡Y pensar (replicó un señor entrado en años), que esta que usted llama grandísima niñería, era objeto en mi tierra de severa prohibición, como grandísimo pecado, cuarenta años há! —

— ¡El D. Juan Tenorio prohibido en Cuba? —

— ¡Y también el Rey Monje, de García Gutiérrez, que no sé si ahora interesaría aquí á nuestros más candorosos colegiales... Pero maldito lo que eso había de sorprendernos, cuando tampoco nos dejaban ver representarlo, ni aun representando en los teatros caseros, ¡qué obra dirían ustedes? —

Y dijimos dos ó tres interlocutores, echándonos á reír: —

— ¡El Puñal del Godo! —

— ¡Justo y cabal. —

— ¡Qué me chaceo? Si me ofenden con tal sospecha, me privarán del gusto de decirles que hasta que vine á la Península por primera vez no conseguí ver en escena, porque también allá estaba prohibido, *El hombre de mundo*! —

— ¡El D. D. Ventura? —

— ¡Que yo sepa, no hay otro. Pero veo que son ustedes hombres de poca fe, y como es difícil que uno traiga siempre en el bolsillo los papeles, invito á los incrédulos á que honren mi casa, que es muy suya. —

— ¡Mil gracias, D. Rafael. —

... Y tendrán noticias de un cierto mamotreto, impreso en 1852, que literalmente se intitulaba, si la memoria no me falla, *Índice de las piezas dramáticas permitidas sin atajo ni correcciones, de las permitidas con ellos, y de las absolutamente prohibidas por el censor principal de teatros de la Habana*. Hará unos diez años D. Nicolás Heredia sacó á relucir en el Liceo de Matanzas aquellas estupidas originalidades del tiempo viejo, cream ustedes que se reía de ganas todo el auditorio.

— Algunos se reirían con la boca chiquita... —

— ¡Tal vez; pero como suele decirse, agua pasada no mueve molino. ¡Sañan ustedes que mi paisano el marqués de Santa Lucía, ilustre vejedor de la insurrección, se marchó al campo dos veces porque no le dejaban ver ó hacer el Tenorio allá en sus mocedades... ¡Y que prohibieron la representación de una inocentísima comedia de Bretón de los Herreros, solo por titularse *La Independencia*. —

— No es esa comedia (se apresuró á preguntar el que me acompañaba) una en que se trata de un solterón empuñando con quien intenta matrimoniar su ama de llaves? —

— Exactamente. —

— ¡Basta! No es necesario que yo sepa que ya tiene bastante Bretón para ser un réprobo... La tal palabra daba mucho que hacer á aquellos escrupulosos censores. Donde quiera que la hallaban ¡chitón ó enmudo! Y cuando era absolutamente insustituible, la exoraban con esta acotación: *Digase sin énfasis*. —

— ¡Delicioso! —

— ¡La palabra "Libertad" les traía igualmente tan á mal traer como á aquel famoso P. Carrillo, fraile de la Victoria, que ejercía la censura de tratados en Madrid á últimos del reinado de Fernando VII. Encontraban, por ejemplo, en *Conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa, la exclamación: "¡Venecia y Libertad!" Y en su lugar ponían: "¡Venecia y las Leyes!" —

— ¡Vamos, sí, como en la Roma pontificia, cuando en tiempo de Pio IX, emmendaban el dío de *Los Puritanos*, diciendo:

Bello é afrontar la muerte,
gritando fidelidad!

— Pero Pio IX (interrumpió el petulante critiquín) se reía mucho de esas cosas. Yo he leído que en el final de *Poltuto* corrigieron aquello de *Al suon dell'arpa angelica*. Y ocurrió que al salir un día de paseo el Padre Sauro en su carroza, dió esta orden con mucha gravedad: *Alla Porta Armonica*. Como no había en Roma puerta de este nombre, los acompañantes de Pio IX se quedaron turbados. Si, señores sí— prosiguió el Papa— la censura ha debido corregir el nombre á la que hasta ahora se llamaba *Porta Angelica*. —

— Pnes en la Habana del año 50 se hubiera estado bromeando Su Santidad á diario. En el mamotreto referido se apuntan excesos de celo verdaderamente cómicos. La exhibición de atributos religiosos se perseguía como pudieran hacerlo los descamisados del 93. En el

drama de D. Patricio de la Escosura *La aurora de Colón*, dice un personaje: «Venga tanto fraile...» Y la censura, imaginándose arreglarlo, ordena que se diga: «Venga tanta chusma...»

— ¡Bonito arreglo! —

— ¡Ni los que ahora se hacen del francés! Cuando les digo á ustedes que el tal «Índice» es divertido como *La Llave de oro*. Los vocablos «servidumbre», «esclavitud», «despotismo», «tiranía», etc., se suprimen por peligrosos. En vez de «Roma esclava» se dice «Roma veneciana». La frase «soy esclavo» se convierte en la de «estoy privado de mi libertad»; «padre tirano» en padre irritado»; «perecerá América» en «aventurosa América»; «criollo» en «americano»; «libertad inglesa» en «liberalidad inglesa...» ¡Qué más? En cierta comedia denominada *La escuela del aspirantismo* se decía en dos ocasiones «¡santa libertad!» y las dos veces substituyó el censor la frase con la de... ¡mi cuerpoceito!

— «Mi cuerpoceito?»

— «¡Mi cuerpoceito!» sí, señores, reemplazando á la expresión: «¡Santa libertad!»

— Pero eso era el *disloque*, como ahora se dice.

— Con todo (repuso el critiquillo), esos recuerdos no dejan de tener su interés. Si Martínez Campos supiera latín, que no sé si lo sabe, aplicaría aquí aquello *Et nun erudimini...*

— ¡Bah! Yo he sido el primero en decir, aunque me tachan de más papista que el Papa, que agua pasada no mueve molino.

— Sin embargo, el molino muele.

— Pues apliquémonos todos el cuento. Para que el molino, en cuanto consigamos pararle, no mueva más, es preciso que no vuelva á pasar por delante de él agua que se parezca al agua pasada.

MARIANO DE CÁVIA.

El reino de Cristo

Regnum meum non est de hoc mundo. S. MATTH.

Por eso mismo, porque el reino de Cristo no es político sino religioso, no es temporal sino eterno, no es humano sino divino, entiendo yo que los cristianos, los católicos, nos forman acá abajo nacionalidad, porque su patria, la patria de los buenos, está allá arriba. Y porque esto no han entendido los unos y no conviene explicar á los otros, ando el concepto religioso á la greña con el sentido común en nuestros días y en nuestro pueblo. Que así como no hay naciones materiales, ni naciones espirituales tampoco hay católicas ni protestantes, aunque lo uno y lo otro se llame por antonomasia; pero nada más que por antonomasia.

Cosa es la religión, privativa y aun exclusiva del individuo, que los premios y los castigos, con que se amenaza ó se estimula al hombre religioso, jamás se relacionan con las colectividades: no serán, pues, juzgados los Gobiernos, sino los gobernantes, no los reinos sino los reyes, no los pueblos sino los individuos que los componen.

Tres aspectos tiene el poder Supremo: el creador, el conservador y el moralizador; el primero le ejercen por delegación los padres, que perpetúan la obra de la creación de la especie; el segundo corresponde á los Gobiernos que vigilan la conservación de las sociedades y, por último, al sacerdocio corresponde el cuidado de moralizar á los hombres y prepararlos para los destinos eternos.

La confusión de estos poderes, en desequilibrio, producen la perturbación en las conciencias primero y luego en el orden social, y acusa síntomas de disolución y de muerte.

Los Gobiernos teocráticos, fríos del contubernio, de la comprometen del poder moralizador y del poder conservador, han sido siempre de débil y de efímera vida y han muerto á impulso de la revolución fraguada en los hogares.

El espíritu humano es libre como su creador, de quien es imagen y semejanza; libre para el bien, libre para el mal, porque de otro modo no alcanzaríamos que suprimir en Dios la más hermosa manifestación de su justicia; el ser remunerador.

Obligar al hombre á creer, si esto fuera posible, sería atentar su espíritu, blasfemar de Dios y hacer odiosa la fe.

Los que en nombre del dogma piden el poder para hacer creyentes las sociedades y salvarlas, son hipócritas, embusteros y perversos, que explotan la ignorancia de los hombres.

Los que en nombre de Dios piden auxilios materiales á las naciones para ejercer su poder moralizador, especulan, de ordinario, con su ministerio, y hacen acreedora la religión.

En las guerras religiosas entran siempre dos únicos factores, los iniciados, los que están en el secreto y los profanos, los engañados, los infelices, los de abajo, la carne de cañón, los que pagan el pato; porque la guerra es por el mundo, por el dominio, por el imperio, por el poder; la religión no es más que el pretexto.

— Si el reino de Cristo no es de este mundo ¿cómo justificaran su afán de reinar en su nombre los que con tal motivo pretenden el poder? —

— Si la religión es cosa exclusiva de la conciencia individual, del alma en fin, ¿quién osará imponerla á las colectividades? —

Recautar el absolutismo de los cesáres sería volver al paganismo romano, blasfemar de Dios, apostatar del cristianismo, anular la humana personalidad, borrar la historia gloriosa de diez y nueve siglos de lucha por la libertad, regados con las lágrimas y con la sangre de tantas generaciones sacrificadas en las aras de la emancipación de la conciencia.

MARCELINO GÓMEZ HURTADO. Catedrático interino.

Floreal

Traducimos de *La Journal*: «WASHINGTON. — El almirante Cervera llegó ayer á Annapolis. Fué recibido en la estación con los honores militares que le correspondían (ían). El almirante, acompañado de su hijo, fué conducido por el capitán White, representante del Gobierno, á la casa puesta por éste á su disposición. Allí fué recibido, á su vez, por el almirante Minsair, el cual invitó á comer al jefe español y á su hijo. (El almirante Cervera está completamente libre y puede ir y venir á su placer.) Ya no está, pues, en Santiago de Cuba. Los demás oficiales dieron su palabra de permanecer prisioneros. El capitán Eulste se negó á ello, manifestando que no podía hacer semejante promesa mientras sus compatriotas lucharan á favor de España. Se le sujetó á vigilancia.

Los periodistas de Annapolis enviaron á Cervera un ramo de flores encarnadas y amarillas, sujeto por una cinta roja, azul y blanca, que llevaba estampada la inscripción: «Al almirante Cervera, de parte de la prensa, como tributo al valor admirado por todas las naciones.»

«Luego dirán que los americanos no son gente delicada! Ellos saben ahogar al enemigo con flores, envenenarle con esencia de rosas. Siempre el vencedor vino su camino cubierto de flores... aun cuando fuesen flores del mal.

De un periódico donostiarra: «Ayer llegó el cabo Fernández, del regimiento de Valencia.

Trae cinco heridas. Por no rendirse en una acción, sufrió varios machetazos.»

El Ayuntamiento se propone regalarle un ramo de... espinas.

Nuevo horizonte

En el artículo anterior hemos tratado de demostrar cómo los sentidos en la serie animal y en el organismo social tenían semejanza y obedecían á un mismo plan de desarrollo. En España está tan preocupado por otros problemas que olvidó el problema que se ha hecho, ya en conferencias, ya en libros, es una sociología trasnochada é indigesta, más propia para desviar las inteligencias que para atraerlas.

La sociología biológica, al comparar el organismo social con el organismo humano, no quiere decir otra cosa sino que la semejanza, la unidad, está en el procedimiento de evolución; la zoología, al reunir gran cantidad de animales, sabe que los peces, las aves, los mamíferos, bajo la denominación de vertebrados, no es que compare á unos con otros, sino que los reúne, porque la columna vertebral de esos seres están revelando una unidad de organización que es donde está la analogía; la columna vertebral de esos peces es la misma que aparece en el hombre, que se desarrolla en virtud de ciertas leyes biológicas, y son estas leyes de la evolución las mismas que establecen la unidad de plan entre el organismo social y los demás organismos. La afinidad, la gravitación, es la misma cosa en esencia, sin que por eso se compare una molécula á una estrella, por más que tengan una unidad que los asimila, que es la ley de atracción; llámese afinidad, cohesión ó gravitación, es siempre la misma fuerza. En una publicación reciente he tratado de demostrar la unidad de evolución que existe en el cristal, la planta y el animal, sin que por eso comparemos una cosa con otra, sino que hemos creído encontrar una fórmula

Mis hermanos, de quienes estube separado seis años, me trataban con afecto mimoso, pretendiendo hacerme creer que me querían entrañablemente; pero el fingimiento de aquel amor se adivinaba en seguida. En casa de mis padres era yo un extraño. Me eran desconocidos el carácter y las costumbres de cada uno de mis parientes; ignoraba los trabajos con que mi padre sustentaba y atendía á su familia; yo no había sentido dolores y amarguras que sobre los míos habían pesado en aquellos seis años de ausencia, y durante ésta, cuando de mí se hablaba en el seno de la familia, todos estaban conformes y todos decían: — ¡Qué suerte ha tenido!

— ¡El sí que es feliz!

— ¡No le preocupa nada de la vida!

— ¡No tiene que trabajar como papá!

— ¡Estad y será un sabio!—decía mi hermano con envidia.

— ¡Y reza y será un santo!—agregaba sentenciosamente mi buena madre, que rogaba sólo á Dios no la sacase de este mundo sin antes verme en el air alzar al cielo la hostia consagrada y volverme luego al concurso de fieles diciendo: *Dominus vobiscum*.

Ella estaría allí, arrodillada y sollozando, en medio de la iglesia, para que todos la miraran y envidiasen, y respondería alto á mi salutación, en latín también, como el mismo monago: *Et cum spiritu tuo*. Y los fieles todos se sentirían hondamente emocionados cuando yo diese en comunión á mi madre el cuerpo de Jesús, encerrado en el pedazo de pan sin levadura. Mi madre me había dado la vida del cuerpo, y yo le daba, en pago, la vida del alma.

Contando y diciendo esto la buena señora se enardecía y transcurraba.

Yo, fijas la vista en tierra y cruzaba las manos sobre el pecho, en actitud de orar. Por mucha seguridad que tuviese en la bien aprendida imposibilidad de mi

rostro, tenía que alguien leyera en mis ojos la rebeldía de mi alma. No me atreví á confesar en aquel momento mi propósito de no ser jesuita ni cura, pero quise apartar á mi madre de aquella retahíla de pensamientos, para ella dulces y consoladoras y para mí tristes y negros.

— Eso no podrá ser, madre mía.

— ¡Cómo! gritó. ¿Tú no dirás misa, no querrás darme la comunión?

— En nuestra orden, digo, en la orden de los jesuitas, puesto que yo aún no lo soy, y nadie conoce los designios de la Providencia, los novicios son enviados lejos de sus padres, lejos de su tierra natal. Vamos á Asia, á América, á África, á difundir la fe de Cristo, á multiplicar las misiones y residencias de la Compañía. ¿Dónde diré yo mi primera misa? Sólo Dios lo sabe; acaso en el desierto, ante una cruz de madera toscamente tallada, sin ornamentos ni acólito, rogando á Dios que si era por su mayor gloria me haga caer en manos de una tribu salvaje que me torture y martirice y se redima con mi sangre. ¡Soldados somos de Cristo, madre mía!

Dije estas últimas palabras con tanto lastimero y bien sentido, que mi padre se levantó rápidamente de la butaca en que estaba y se alejó con los ojos llenos de lágrimas. Mi madre no supo qué contestar y mis hermanos me miraron con asombro. Desde entonces me trataron con más respeto y miramiento, pero ya no se cuidaban de fingir un cariño que no me tenían.

Después de un rato de silencio habló mi madre: — Eso es muy triste, hijo mío. Yo quiero oír tu primera misa y quiero ser la primera devota que comuniquen de tus manos. También lo querrá así tu tía María Josefa y ya sabes la influencia que tiene con los Padres. Todo se arreglará. Aquí dirás tu primera misa y luego irás donde te manden á convertir infieles. ¡Esa es tu vocación!

¡Mi vocación! A punto estube de echarlo todo á rodar. Un bofetón que me hubiesen dado no hubiera despertado con mayor ímpetu la ira en mi alma. ¡Mi vocación á los siete años en que fui encerrado en un colegio de jesuitas...! ¡Mi vocación durante seis años sin voluntad, sin libertad, teniendo mi conciencia y mi cerebro abiertos constantemente á todos los espionajes... Mi vocación allí, en mi misma casa, ante una madre que consideraba su única misión en la tierra verme levantando en el altar la hostia con mis manos sacrificadas...!

Disimulé bien; nadie conoció la tempestad que imprudentemente había levantado mi madre en mi espíritu y siendo ya bien entrada la noche decidimos acostarnos.

Mis hermanas me besaron la mano y mi madre me estrechó entre sus brazos respetuosamente, sin pasión, diciéndome: — ¡Dios te haga un santo!

Me quedé sólo. Por costumbre, como hacía en el colegio tanta veces, fui mirando de reojo todos los rincones y huecos de la alcoba. Cuando me convencí de que estaba sólo y nadie me observaba, me arrojé en el lecho sollozando.

¡Aquel hogar de mis padres, en el que tanto había soñado en las horas de mi tristeza y amargura, estaba tan frío como la celda del colegio! ¡Dónde encontraría un poco de amor, de amor sin velos ni trabas, ni hipocresías?

Y yo mismo, golpeándose el pecho me decía: — No amarás nunca ni serás amado, porque el amor no está en la tierra ni en el aire, sino que lo llevarnos en el corazón que se entrega y en los ojos que no fijan y en los labios que no mienten...!

Y lloré, lloré toda la noche, avergonzado á ratos de mi vida, queriendo ser hipocrita con las sombras que me envolvían...!

(Continuará.)

rápida transformación del ejército. Comandantes que habían servido á sus órdenes, se convirtieron en poco tiempo en tenientes generales.

¿Dónde estaban aquellos caudillos de los que hablaba su padre casi llorando? Sólo quedaban caudillos que terminaban las guerras por medio del dinero.

Se sentía disgustado por tal espectáculo. A su hijo único quiso hacerle ingeniero, médico, abogado, cualquier cosa menos militar; pero el hijo quería ser militar.

EL NIETO

Salí de Toledo con el amplio pantalón á lo zuavo, el cuello alto de deslumbrante blancura, y la guerrera ajustada sobre su talle. En su rostro exangüe quedaba poco de la robustez del abuelo y la salud de hierro del hijo.

Se aburría; se aburría. Él, que había soñado noches enteras con Napoleón y recordaba las historias del abuelo contadas por su padre en las veladas, veía reducida su existencia á las guardias monótonas, á desasnar reclutas en los campos de maniobras y á mandar el piquete en procesiones y entierros.

¿Es que las guerras habían acabado ya para siempre? ¡Acaso España tendría el ejército por puro lujo? Fue á Melilla para sufrir una terrible decepción. Se acabó. Ya no quedaban en España guerras de verdad.

El ser militar era un oficio. Pero surgió la insurrección de Cuba, y entonces el joven recobró de un golpe todo su entusiasmo.

Se embarcó de primer teniente á los 27 años. O dejaba la piel allí ó volvía de coronel.

¡Qué modo de moverse! Aquel teniente era una salamandra, siempre en medio del fuego. A los primeros tiros ya iba por delante de todos, sintiéndose tentaciones de salirse de las líneas. Revertía en él el abuelo, aquel que luchaba con los franceses á navajas y mortiscos.

Le hirieron y... cruz al canto. Hizo una hazaña estupenda y... otra cruz, pero con ascenso para el jefe de la columna.

Le hirieron otra vez, y tercera cruz; el Gólgota completo.

Mientras tanto, las propuestas, derramando una lluvia de ascensos sobre las mangas privilegiadas. Y el infortunado teniente herido y condecorado veía comandantes y tenientes coroneles á compañeros de colegio que marchaban tras él.

Le hirieron y... cruz al canto. Hizo una hazaña estupenda y... otra cruz, pero con ascenso para el jefe de la columna.

Le hirieron otra vez, y tercera cruz; el Gólgota completo.

Mientras tanto, las propuestas, derramando una lluvia de ascensos sobre las mangas privilegiadas.

Y el teniente, joven-rijo, anda por ahí repitiéndose con trieta:

—Mi padre no se engañaba; he llegado demasiado tarde. No hay que excederse, no hay que pensar. Esto no es una nación; es el patrimonio de unas cuantas familias. Unas se reparten la política y otras el ejército...

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

Candidato á Santo

Varios amigos me escriben, y preguntan si soy candidato á la plaza de académico vacante.

No, señores, no soy candidato á nada de este mundo.

Soy candidato á Santo.

¡A Santo! Exclamaron muchos... ¡A Santo, un hombre que tiene seis hijos! A Santo un hombre tan mundano, tan radical...

Porque mi vida ha sido y es un Via Crucis de amarguras, de penas, de luchas, de desencantos y de contrariedades, disimuladas con amable risa y con resignación cristiana, por eso mismo, mi puesto está allí, donde están otros que sufrieron menos que yo y fueron peores.

No, no hay que tomarlo á broma, ni decirme que ofendo (y libreme Dios de ello) á mis futuros colegas los que están en miles de altares, porque para probar lo que digo bastará un poco de memoria.

¿Qué fué la Magdalena antes de ser santa? A fe que yo no hice nunca tal género de vida... Bastóle el amor de Dios, para que por haber amado mucho se le perdonaran sus pecados y llegase á ser patrona de mil templos y á dar su nombre á millones de mujeres...

San Pedro Armengol, ¿no fué capitán de ladrones? Pues de su arrepentimiento vino su santidad y su inscripción en los calendarios.

Nadie más cruel con los cristianos que San Pablo antes de convertirse; y sin embargo, es de los santos magnos, santo entre todos.

San Cosme y San Damián fueron médicos. Terrible profesión, sobre todo en aquellos tiempos en que la ciencia de curar estaba tan atrasada. Donde hay santos médicos bien puede haber santos literatos, y yo juré á Dios no haber enviado al cementerio á nadie.

¿Pueden darse juventudes más alegres y más pecaminosas que las de San Agustín y San Francisco de Sena? Este fué un punto asiduo á todos los garritos, jugador rabioso, que pasó del tapete verde á los altares; el libro de las Confesiones de San Agustín no se lo diera yo á leer á solteras por nada del mundo. ¡Pues no digamos nada de San Francisco de Borja que fué santo por enamorado! Porque si no llega á morir la emperatriz aquella, tal santo no tendríamos. Ninguno de los defectos y pasiones de estos santos tuve yo y en eso los llevo ventaja.

Cipriano, de cuya vida hizo Calderón su Mágico prodigioso, pasó á la Iglesia con todos los honores después de andar en tráficos con el diablo. Ahora no hacemos eso, ni vemos al diablo en ninguna parte.

Mujeres de alegre vida fueron Santa Eudisia y Santa Margarita de Cortona, que á cambio de su conversión á la buena vida reemplazó los perfumes y olores de su reprobada profesión por el olor de santidad, en que murió, según consta en todos los Años cristianos.

Doce hijos tuvo de su esposa Nonia, Marcelo, centurión, quien preferió la conversión al cristianismo á las delicias de la paternidad; y al lado de virgenes sin cuento figura en el martirologio y San Marcelo se llama y no hay quien se lo quite. San Ginés era cómico, y cómico vulgar, y ahí

está su iglesia en la calle del Arenal y el ex-comediante presidiendo su casa, suceso que me da derecho á suponer si un día elevarán nuestros nietos templos á cómicos eminentes, y se oirá misa en San Emilio Mario ó en San Antonio Vico; y si hay un San Antonio de los Portugueses, á la iglesia del gran actor podrán llamarla San Antonio de los abonados. Y si un cómico llegó en un momento de contrición á santo, ¿por qué no puede llegar á serlo un autor de comedias?

Santas Justa y Rufina vendían loza y cacharros junto al puente de Triana y ahora son medio patronas de Córdoba. ¡Quisiera yo haber oído las cosas que estas dos vendedoras ambulantes á real y medio la pieza dirían y harían antes de ser santas! Pero todo se arregla con buena voluntad y en los altares están con mucho rumbo.

Todos los historiadores y biógrafos de santos cuentan que San Alejo se escapó de su casa el día de su boda dejando plantada y esperándole á la novia con quien se había casado por la mañana. Esta fué una de sus grandes pruebas de castidad y acaso la que le valió el ascenso de hombre á santo, que es muy importante.

Desertor fué San Víctor, ó lo que es lo mismo renegado de su bandera, y no le impidió eso llegar al honor de que le pusieran el cerco dorado en las imágenes de palo que de él se han hecho y ante las cuales rezan las devotas.

Y no quiero decir nada de Santa Teresa antes de los éxtasis y de los sonetos, porque así que echó por el camino de la santidad fué tan grande escritora que sus obras han dado la vuelta al mundo... Pudiera alargarme más, según expresión consagrada, pero con los botones expuestos bastarán para muestra, y porque no parece exagerada mi pretensión; porque habiendo sido mi juventud alegre y mis enemigos muchos, y mis persecuciones sin cuento, y mis padecimientos morales grandes, y no habiendo descubierta la América, como Colón, á quien se trata de santificar á pesar de sus aventuras amorosas y de habernos regalado un país que habla de venir á bombardearnos, creo tener perfecto derecho á la santidad el día de mañana. Y así que haya un Papa nuevo, que bien pudiera ser alguno de los cuatro cardenales á quienes conozco personalmente, yo me buscaré manera de que el Embajador de España en la Santa Sede, que siempre será un amigo, pase una nota al Vaticano como las que se le dan á los ministros pidiéndoles destinos, que dirá, sobre poco más ó menos: «Se desea una plaza de Santo con destino á las iglesias de la provincia de Zaragoza, para D. E. B. que ha servido en varios Ministerios y no ha robado nada.»

Y tengo la seguridad de ser de aquí á un siglo Santo Stylita, como San Simeón Stylita el menor, el cual, según el Padre Isla, tuvo por madre á una mujer moza y virtuosa (cosa que no entiendo), y cuando fué grande entró como profeso en un monasterio al pie del monte Taumastoro, y vivía, según el mismo Padre Isla, sobre una columna elevada dentro del recinto de la casa. Y como yo llevo cerca de cuarenta años viviendo en lo alto de las columnas de los periódicos, soy más Stylita que nadie, y le doy quince y raya al Simeón de marras.

Con esto, y con haber sido liberal toda la vida y verme imposibilitado de opinar por orden de los liberales mis amigos, acumulo la oposición para irme á la santidad; y si es arma del Sr. Masera, y ellas son las que se le dan á los ministros pidiéndoles destinos, firmo una conversión de títulos que cante el credo!

Santo, Santo, Santo tengo que ser; y esta es candidatura lógica y humana, con vistas á lo divino, y la generación presente me rezará para que le perdone el no haber hecho nada. Y el Padre Sáenz me dirá la misa acompañado de todos los luises; y si tengo cerca de mí, en otro altar, á San Ginés ó San Franco de Sena, dirán con voz de madera: —¡Hay cien luises en bancos!

EUSEBIO BLASCO.

Un carácter

Si es defecto admirar á todo el que se rebela contra la ley, declaro que lo tengo. Yo habia nacido para anarquista. Y llego á punto tal, que solamente con saber que un ciudadano posee cantidad tan inestimable, lo hago irreflexiblemente blanco de mi simpatía, ó le alzo incontinenti el entredicho de mi antipatía, si se la profesaba.

Esto último me ha ocurrido con el Sr. Cemboráin, presidente de la Diputación provincial de Madrid. Me era profundamente antipático, sin saber por qué, y varias veces me preguntaba, cual si me importase algo: «¿Por qué ha de ser presidente de la Diputación provincial un hombre que no se ha distinguido en nada y del que únicamente se sabe que es maestro de escuela, sin saliente profesional?» E indignado y desesperado al no poder darme contestación satisfactoria, me creía el hombre más desventurado de la creación y hasta estuve á punto de darme un disgusto, suicidándome.

Compadecido, sin duda, el cielo de mi atroz desventura, hace llegar á mí, por conductos misteriosos, vagos rumores que me presentan al Sr. Cemboráin cuál uno de los hombres de más agallas que han existido en España para pasarse la ley por sitio generador, y subito truécase en admiración la antipatía. Y cada vez que, desde entonces, me hablan de los horrores administrativos y de otra índole, que diz se perpetran en la Diputación; de lo que ocurre con los contraistas que surten de vitualas los aiolos beneficiados; de las casas que se venden y de las que ocupan los diputados, y de cien heroicidades por el estilo, especialmente las relacionadas con la ya célebre ordenación de pagos, exclamo sin poder contenerme: «Bien, todo eso ocurrirá; no lo discuto. Pero eso y más tiene derecho á hacer el hombre que no se sujeta á las depresivas exigencias de leyes ni reglamentos.»

¿Se quieren pruebas? Allí va una, entre cien que pudiera citar.

Una Real orden de tiempos de Cos-Gayón, prohibe nombrar empleados y hasta ascender á los que existen en las Diputaciones, mientras no estén nivelados los presupuestos. ¿Sí? Pues para que se vea la independencia de carácter de Cemboráin y el caso que hace de majaderías, acaba de nombrar varios empleados de 8, 10 y 12.000 reales. Y para demostrar su entereza, uno de esos empleados es hijo suyo. Y uno ó dos le prestan servicios particulares. Y los demás son parientes ó amigos de los diputados; conservándose de este modo incólume el polaquismo tradicional en la casa.

Si la medida perjudica los intereses de la provincia ¿qué importa? Si el contador y el depositario se comprometen al acreditar los haberes á los ilegalmente nombrados, ¿qué más da? Si en vez de ingresar en Caja, por amortización, el importe de los sueldos esos, se distribuye entre los favorecidos, ¿quién sale perjudicado sino la ley, la justicia y la moralidad administrativa?

Indudablemente ha pensado así el Sr. Cemboráin, dando pruebas de su profundo desprecio á los convencionalismos legales, si cabe la frase. Y por esto y por haber llevado á la práctica su pensamiento, lo saludo y le aplaudo como á hombre enérgico y de carácter. De éstos, de éstos necesitan las ideas para imponerse y los pueblos para salvarse.

JOSÉ NAKENS.

Á REY MUERTO...

¿Que te vas de mi lado, vida mía? Lo siento, y me resigno. ¡Dios lo quiere! El amor es eterno, pero muere lo personal en el cuando varía. Con la misma pasión que te quería querré á otra luego, como tú al que fuere; perdona, pues, que no se desespera quien mira cerca el venturoso día. Ve tranquila y adiós ídolo mío, marcha cara al placer y, sonriendo; pronto serás dichosa nuevamente, que cuando queda el corazón vacío el huesped de otro amor llega corriendo, y así otra vez... y... sucesivamente.

J. JURADO DE LA PARRA.

El último español

Todo muere aquí, España fenecce. De nuestro escudo há tiempo que desapareció el león. El toro, el grande, el único español que nos queda, no ceja ni retrocede. Mientras capitulamos y retrocedemos, un buen español, negro, zaino y de libras, hace la brega siguiente:

Hace pocos días, en Gibraltar, se escapó del Matarero una de las reses vacunas destinadas al sacrificio y partió con dirección á la playa de Poniente. Al pasar por la línea de centinelas inglesas, acometió á uno de éstos, el cual se defendió, hiriendo profundamente con la bayoneta puesta en el fusil, al buey. A pesar de esto, el animal arremetió de nuevo contra el soldado, al cual derribó y dejó sin sentido.

Acudieron los soldados del cuerpo de guardia (la cuadrilla, como quien dice), pero ya el buey, cuya herida era de muerte, había caído en tierra, sin necesidad de puntilla.

¡Sus y á ellos! Véase la clase.

Uno de los novillos embolados lidiados el domingo último en Amorevita (Bilbao), alcanzó á un joven y lo volteó varias veces.

En una de ellas recibió tal porrazo en la nuca, que falleció instantáneamente. El morucho cansante de la desgracia tiene el fatídico nombre de Perdijón.

¡Viva España!

Haz cuenta, valiente espada, que es de Mudarra mi brazo, y que con su brazo lidias. Aunque mío es el agraviado.

¡A devolver el dinero!

Toda la prensa se ha ocupado de, en ó con un devoto mestizo de bolsista, ó bien bolsista berrendo en devoto, que encargó una novena en la parroquia de San Ildelfonso—porque esas cosas, según parece, se encargan los mismo que las docenas de camisas—para que no bajasen las Cubas y otros valores... al agua.

Lo cual que todo ello bajó hasta ponerse al nivel de las narices del Sr. Auñón, y el devoto ó bolsista, antes bolsista que devoto (¡á todo hay quien gane Claudio López!) se llamó á engaño y se negó á adajar la exigua si que también irrisoria cantidad de 500 pesetas que le llevaban, esto es, que no le han podido llevar los señores sacerdotes de San Ildelfonso, iglesia con vistas al mercado.

Estos han demandado ante los Tribunales—¡que para eso están precisamente!—al devoto escamado ó Pepa la respondona, y en tanto que la seña Temis da de sí, y pone en su debido punto esas novenas, esas pesetas, esas Cubas y esos señores sacerdotes, parecezo yo, y como mejor proceda en derecho, digo:

Que aquí (y ustedes dispensen la manera de señalar) se ha dicho y celebrado cuanto hay que celebrar y decir en materia de Oficios Divinos por el triunfo de nuestras armas en la guerra con los mambises y en la guerra con los yanquis, amén de aquellos solemnismos Te Deum que se cantaron (por lo común, muy mal, pero se cobraron bien) por la gloriosa pacificación de Filipinas; y como en ambos países—según diría Aguilera, si tuviese alguna uoción acerca del noble juego del baccará—nos han abatido los puntos enemigos, reventando al triste baquerío nacional, y como además hay graves sospechas de que tanto en el paño americano como en el filipino se traían las de Cain para descomponerlos el paquete, no sería del peor efecto—estilo Almódovar, entre duque y entre cursi—que todos los padres de alma y «partiguinos» adyacentes que hayan cobrado alguna cosa por todas aquellas labores propias de su sexo y de su patriotismo, devolviesen las correspondientes cantidades con destino á la suscripción nacional; la cual, por otra parte, tiene de nacional lo que yo de Correa.

¿Hace?...

UNOS Y OTROS

El vizconde de V..., hermano del conde Horacio de V... y uno de los gourmets más refinados de Francia, y no sólo de Francia, sino de Europa, y no sólo de Europa, sino del mundo entero, se aventuró á decir en una tertulia, medio de artistas, medio de gentes mundanas: —Una sola persona puede gastar 500 francos en una sola comida. —¿Imposible!—gritaron dos ó tres voces. —Naturalmente—añadió el vizconde—que en la palabra comer va comprendida la palabra beber.

—¡Claro! —Bueno; pues digo que un hombre, y cuando digo un hombre claro está que no hablo de un carretero; es decir, un gourmet, un discípulo de Montrond ó de Courchamp, puede gastar en una comida 500 francos.

—¿Usted, verbi-gracia? —Yo; sí, señor. —¿Apuesta usted? —Perfectamente. —Pues yo tengo los 500 francos—dijo uno. —Y yo los como—añadió el vizconde de V... —Vamos á cuentas... —Vamos; es muy sencillo... Yo como en el café Ingliés; hago un menú como mejor me parezca, y gasto en él 500 francos. —¿Sin dejar nada en el plato? —Perdone usted; dejaré los huesos. —¿¡Muy bien! —Y ¿cuándo? —Mañana, si usted quiere. —¿No almorzará usted? —Como de costumbre. ¡Vaya si almorzaré! —Bueno; mañana á las siete en el café Ingliés. Aquel mismo día el vizconde de V..., según costumbre, come en el restaurant á la moda. Después de comer quiso formar el menú del día siguiente. Vino el jefe de comedor. Era riguroso invierno. El vizconde indicó varias frutas carísimas; había veda entonces, y quiso comer caza. El jefe de comedor pidió ocho días. La comida fué aplazada hasta esa fecha. A derecha é izquierda de la mesa del vizconde sentáronse los jueces de campo. Tenía el vizconde dos horas para comer: de siete á nueve. Podía, á gusto suyo, hablar ó no hablar. Á la hora fijada entra el vizconde, saluda á los jueces y acércase á la mesa. El menú era un misterio para los adversarios. Debían disfrutar el placer de la sorpresa. Se sienta el vizconde. Le sirven 12 docenas de ostras de Ostende, con media botella de Johannisberg. El vizconde tiene apetito: pide otras 12 docenas de ostras de Ostende y otra media botella del mismo vino.

Después una sopa de nidros de golondrina, que vierte el vizconde en una taza y bebe como un ligero caldo.

—Palabra de honor, señores—dice,—que me siento inspirado... Tengo un capricho. —¿Pues á él? Es usted muy dueño... —Deliro por los bistekes con patatas. —¡Mozol! Un bisteko con patatas. El mozo, asombrado, mira al vizconde. —¿Qué?—pregunta éste.—¿No me oye usted? —Sí, señor; pero verá que el señor vizconde había hecho su menú.

—Es verdad; pero es un extra: lo pagaré aparte. Los jueces se miran. Sirven el bisteko con patatas, que el vizconde devora. —¡Ahora, el pescado! Sirven el pescado.

—Señores—dice el vizconde,—es un ejemplar del lago de Ginebra. Este pescado no lo hay más que allí; pero se puede traer. Me lo han enseñado esta mañana durante el almuerzo. Aún estaba vivo. Ha venido de Ginebra á París en agua del mismo lago. Se lo recomiendo á ustedes. ¡Vaya si lo recomiendo! Es bocado delicioso.

Cinco minutos después tan sólo quedaban las espinas en el plato. —¡El faisán, mozo!—grita el vizconde. Sirven un faisán trufado. —Otra botella de Burdeos de la misma marca. Viene la segunda botella. El faisán es trinchado en diez minutos.

—Señor—dice el mozo,—creo que se ha distraído usted al pedir el faisán trufado antes del salmis d'ortolans.

—Es verdad. Gracias á que no estaba señalado en qué orden debía servirse el plato de ortolans. Si no, habrían perdido... ¡El salmis d'ortolans, mozo! Trae éste el salmis d'ortolans. Se compone de diez ortolans ó pajaritos de huerta: el vizconde se los traga en diez bocados.

—Señores—dice el vizconde,—ya es bien sencillo el menú: espárragos, guisantes, piña y fresa. De vinos: media botella de Constanza, media de Jerez viejo, del mejor; café, licores, naturalmente. Cada cosa vino á su debido tiempo; frutas y legumbres, todo fué tragado á conciencia; vinos y licores, todo fué bebido hasta la última gota.

El vizconde había empleado una hora y catorce minutos en comer. —Señores—dice,—¿cabe duda de mi buena fe? Los jueces reconocieron que no. —Mozo, la cuenta! El vizconde leyó rápidamente el total é hizo entrega del documento á los jueces.

Decía así:

Francos.

Ostras de Ostende, 24 docenas... 30
Sopa de nidros de golondrina... 100
Pescado... 50
Bisteko con patatas... 2
Faisán trufado... 40
Salmis d'ortolans... 50
Espárragos... 15
Guisantes... 12
Piña... 24
Fresa... 20

VINOS.

Johannisberg, una botella... 24
Burdeos, dos botellas... 50
Constanza, media botella... 40
Jerez superior, media botella... 50
Café, licores... 1,50

508,50

Se revisa la cuenta: es exacta. La llevan al adversario del vizconde, que come en un gabinete interior.

Aparece cinco minutos después, saluda al vizconde, saca del bolsillo seis billetes de á 1.000 francos y se los presenta.

—Oh!—dice el vizconde.—No corría prisa. ¿Tal vez quiere usted tomarse el desquite? —¿Está usted dispuesto á dármele? —Sí, señor. —Pero ¿cuándo? —Pues—dice el vizconde con indiferencia—en seguida, si usted quiere.

El vizconde reflexiona algunos segundos. —¡Ah, qué! No, no—dice.—Después de lo que acabo de ver, le creo á usted capaz de todo.

ALEJANDRO DUMAS.

Los tejedores de Silesia

Meditabundos, sin que temple el llanto de sus pupilas el fulgor siniestro ante el telar que con su esfuerzo cruje cantando están con lúgubres accents: «Vieja Alemania, tu sudario fílo tejen en las tinieblas nuestros dedos fabricando el tejido miserable con trama de rencores y despechos.»

¡Tejemos! ¡Tejemos!

Maldito sea el Dios de los dichosos que no quiso escuchar nuestros lamentos del hambre en las jornadas sin ventura y en las heladas noches del invierno; ¡El nos burló cuando á su amante mano nuestra candida fe pidió consuelo...

¡Tejemos! ¡Tejemos!

Maldito sea el rey de los que gozan, al que pedimos compasión gimiendo: el monarca que aleva y codicioso arrancó á nuestras bolsas el dinero y que hoy al escuchar nuestros gemidos cruel nos ametralla como á perros.

¡Tejemos! ¡Tejemos!

¡Y tú patria también ¡maldita seas! Alemania cobardel que en cuyo suelo las flores se marchitan y tan solo el agrio fruto da del vilpendio, la traición que á los buenos sacrifico y la vergüenza que nos muerde el pecho.

¡Tejemos! ¡Tejemos!

La lanzadera vuela, el telar cruje; días y noches sin cesar tejemos. Vieja Alemania, tu sudario fílo, tejen en las tinieblas nuestros dedos, fabricando el tejido miserable con trama de rencores y despechos.»

¡Tejemos! ¡Tejemos!

HENRIQUE HEINE (1).

(Traducción de JOSÉ J. HERRERO.)

Castelar profeta de Isabel II

En la época á que se refiere esta anécdota, Espartero deseaba atraerse lo más florido de la juventud democrática para fortalecer el partido progresista.

Collado, el padre del marqués de la Laguna y de la duquesa de Baién, entonces Ministro de Hacienda, había llamado al joven Castelar á su casa para ofrecerle un destino en su departamento; pero el adolecente le había contestado:

—Mil gracias; yo ni cambio de posición ni entiendo nada de Hacienda.

Pocos días después Pacheco le ofrecía la secretaría de la legación española en Berlín para que pudiese completar sus estudios universitarios. Castelar rehusó también.

Créese que la reina Isabel apreciaría poco al joven é intratable democrata, y sin embargo, fué llamado á Palacio.

Las Cortes Constituyentes de 1854 acababan de confirmar la dinastía y el trono con una votación en la que tomaron parte 21 democratas.

Estos estaban divididos en republicanos y antidinásticos.

La reina dijo á Castelar: —He leído con atención tu artículo en El Tribuno en favor de la Republica, y te advierto que los antidinásticos me ofenden más que los republicanos.

—Lo creo, señora—respondió el joven,—pues los unos combaten la institución y otros la persona del rey.

—¿Qué opinas de la supuesta disidencia entre los progresistas y los conservadores?

—Que esta disidencia se acentuará más tarde, y V. M., en la alternativa de escoger, optará por los conservadores. V. M. tendrá la primera victoria, pues ellos personifican y defienden intereses muy grandes; los progresistas, en efecto, se declararán enemigos de la dinastía actual, y serán derrotados en su primer choque con el trono; pero en el segundo vencerán. Entonces V. M., con toda su dinastía, será destronada, toda vez que los progresistas representarán, frente á intereses considerables pero efímeros, ideas que á primera vista parecen débiles, pero que son inmortales.

El mundo es un campo de batalla donde se combate por las ideas y los intereses; las victorias parciales son todas por los intereses, mas las victorias definitivas son todas por las ideas.

La reina no quedó ofendida por estas palabras, atribuyendo la audacia de tal profecía al romanticismo de los 20 años más que á la falta de respeto del joven tribuno.

Algo sobre el servicio militar obligatorio

VIDA NUEVA constituyendo un campo neutral, palpitante de amor á la patria, de respeto al pueblo y á la democracia, tan necesitados del dulce trato que de sus compatriotas merecen; VIDA NUEVA, paladín de ese pueblo tan sufrido y tan valeroso que él solo realiza las magnas empresas que á otros elementos envanece, viene con noble empeño á detener la nociva influencia que, procedente de cualquier campo, se ha de ejercer muy pronto para enseñorearse del poder, ya que por aciagos circunstancias éste se halla vacilante en manos de los antiguos revolucionarios que tan mal uso han hecho de él.

En estos momentos, el amor á la patria, virtud la más sólida del pueblo español, el ansia de salvar á este desdichado país del precipicio en que le han puesto esos señores, á quienes llama estadística prensa política, esos partidos apodados gubernamentales, y todos esos germines de desgobierno que nos invaden, toxinas que dicen los médicos, y que existen en infinito número, siendo las más notables la toxina de la inmoralidad, la toxina del caciquismo y otras toxinas cuyos nocivos efectos crecen con terrible rapidez, el anhelo justísimo de contener esta desbandada de principios ganados en justa lid en todo este siglo de lucha y á punto de perderse por la desorientación que padecemos, sólo puede lograrse poniendo el rumbo al único faro que siempre nos ha salvado: el amor á la patria.

Era preciso que llegara el duro trance en que nos vemos para que se acrecientaran los periodistas de espí-

(1) «Cuando se hayan apagado los últimos ecos de la terrible canción con que Bilbao su venerable los Tejedores de Silesia progresista, brillando aquella tremenda estrella de amor que decantó del cielo a la tierra como ítem en el interese, muchos ¡mortalidad! de la posta, por que reverdeciera el corazón de las generaciones futuras, consintiendo en cada nueva primavera de flores y de fruto nuevo, el árbol de la espartaña y de los recurdeles.» (Palabras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.)